

CAPITULO XLIII.

Mientras tocaban tres veces á muerto,
Oíase una voz muy dolorida,
Y con ala pesada el negro cuervo
A la torre de Cumnor atudia,

MICKLE.

PRECISO es volver ahora á aquella parte de nuestra historia, en la que anunciamos que Varney, con la autoridad del conde de Leicester y el permiso de la reina, se dió prisa en poner á cubierto su perfidia, alejando á la condesa del castillo de Kenilworth. Tenia intencion de partir la siguiente mañana muy temprano; pero reflexionando que el conde podria entretanto serenarse y volver á hablar á la condesa, resolvió salir inmediatamente, para imposibilitar un paso semejante, á que indispensablemente se seguirian el descubrimiento de sus proyectos y su ruina completa. Con esta mira llamó á Lambourne; pero se irritó sobremanera al saber que su fiel servidor habia salido del castillo para irse á picos pardos á las inmediaciones. Como debia volver pronto, sir Ricardo le dejó la orden de

prepararse para acompañarle en un viage, ó ir en su seguimiento, si hubiese salido ya cuando él volviese.

Entretanto Varney echó mano de otro criado, llamado Robin Tider, que sabia en parte los secretos de Cumnor, por haber acompañado mas de una vez al conde en ese viage. Este hombre, cuyo carácter se parecia mucho al de Lambourne, aunque no era ni tan despejado ni tan vicioso, recibió la orden de Varney de aparejar tres caballos, preparar una litera, y disponerse á partir al punto. La excusa bastante natural de la locura de su muger, que todo el mundo creia, disculpaba el modo secreto de salir del castillo, y pensaba servirse del mismo pretesto, si acaso los gritos y la resistencia de la pobre Amy le obligaban á arrancarla por fuerza. Era necesaria tambien la asistencia de Tony Foster, y fué á buscarle Varney.

Foster, áspero por naturaleza y muy poco sociable, y hallandose cansado del viage que habia hecho desde Cumnor á Kenilworth para anunciar la fuga de la condesa, se habia separado temprano del bullicio y las franquichelas. Se habia ido á su cuarto, y dormia profundamente, cuando Varney, que estaba ya pronto á partir, entró con una linterna en la mano con ánimo de despertarle. Detuvose

un instante para escuchar lo que su compañero murmuraba durmiendo, y distinguió muy bien estas palabras: *Ave María, ora pro nobis*. No, no es eso: *libranos de mal*; sí, así va mejor.

— Reza soñando, dijo Varney, y mezcla sus supersticiones antiguas con las modernas. Bien necesitará de otros rezos ántes que yo haya concluido con él. ¡Holá! ¡eh! santurron, hipócrita, dispiertate: vamos, dispiertate, que todavía no te ha despedido el diablo de su servicio.

Al mismo tiempo le sacudía Varney por un brazo, lo que cambió el curso de sus ideas, pues empezó á gritar: ¡ladrones! ¡ladrones! defenderé hasta morir mi dinero, mi dinero bien ganado, que me cuesta tantos sudores: ¿en donde está Juanita? ¿no le ha sucedido nada?

— ¡Nada, mentecato! ¿Que diablos de mugidos son esos? dijo Varney; ¿no tienes vergüenza de meter tanto ruido?

Foster estaba ya entónces enteramente dispierto, y sentandose en su cama, preguntó á Varney que queria decir semejante visita, y á tal hora: nada anuncia de bueno, añadió despues.

— Tu profecía es falsa, santurron, dijo Varney; anuncia que ha llegado la hora de

cambiar el arriendo en una acta de propiedad. ¿Que dices ahora?

— Si me lo hubieses dicho en la mitad del día, dijo Foster, me hubiera alegrado mucho; pero á estas horas de mal agüero, medio á oscuras, y miéntras la palidez de tu rostro pega tan mal con lo que estás diciendo, no puedo menos de pensar mas bien en lo que vas á ordenarme, que en la recompensa que me ofreces.

— ¡Como, mentecato! solo se trata de volver á Cumnor con tu antigua prisionera. A eso está reducido todo.

— ¿No hay mas que eso? dijo Foster. No estás tú tan pálido y desfigurado sin un gran motivo; ¿no hay mas que eso efectivamente?

— No, no hay mas que eso, y quizá alguna otra friolerilla ademas, dijo Varney.

— ¡Ah! replicó Foster, tu palidez va siempre en aumento.

— No hagas caso de eso, dijo Varney, es el reflejo de esta luz miserable. Levantate, y vamos. Acuerdate de Cumnor, y del acta de propiedad. ¿Que tal? podrás poner una tienda de conferencias semanales, y ainda mais, como dice el Gallego, dar á Juanita un dote como si fuera hija de un baron. Setenta libras esterlinas ó mas.

— Setenta y nueve libras, cinco chelines,

y cinco sueldos y medio, además del valor de la leña, dijo Foster: ¿y tendré todo eso en propiedad?

— Todo, amigo mío, todo hasta las ardi-llas. No podrá cortar un gitano una rama de un árbol, no podrá un niño coger un nido de tordos en tu hacienda, sin pagarte lo que valga. Vamos, que eso va muy bien; vistete al momento. Los caballos están prontos, todo está listo, excepto ese pícaro bribon de Lam-bourne que se ha ido por esos mundos de Dios.

— Vea vm. lo que es, sir Ricardo, dijo Foster, vm. no quiere hacer caso de lo que yo le digo: siempre le he dicho á vm. que ese pícaro borracho faltará á su deber en la mejor ocasión. En su lugar hubiera podido yo colocar á algun muchacho juicioso y de conducta.

— Sí, ¿algun hipócrita de tu congregación? también pudiéramos emplearle. ¡Bendito sea Dios! necesitamos operarios de todas clases. Muy bien, no te olvides de las pistolas: vamos, ahora no hay mas que echar á andar.

— ¿Adonde vamos? dijo Antonio.

— Al cuarto de la señora, y cuidado que es preciso que vaya con nosotros. Tú no te asustarás si empieza á gritar.

— No por cierto, con tal que podamos fundarnos en algun pasage de la Escritura:

;*Mugeres, obedeced á vuestros maridos!* Pero ¿permiten las órdenes de milord poder usar de violencia?

— Toma, Antonio, aquí está su anillo, respondió Varney.

Habiendo refutado así las objeciones de su socio, fueron juntos á la habitacion del lord Hunsdon, y despues de haber informado al centinela acerca del objeto de su visita, entraron en el cuarto de la pobre condesa.

No puede concebirse cual fué el horror de Amy, cuando al despertarse de repente vió á su lado á Varney á quien tanto tenia y detestaba. Algun consuelo fué para ella el notar que no se hallaba solo, aunque tampoco le agradaba nada su compañero.

— Señora, dijo Varney, no es tiempo de andarse en ceremonias; milord de Leicester, obligado por la urgencia de las circunstancias, envia á vm. la órden de ir con nosotros al punto á Cumnor; he aquí su anillo, que es una prueba de su espresa voluntad.

— Es una impostura, respondió la condesa, has robado esa prenda... Eres capaz de todas las maldades, desde la mas atroz hasta la mas baja.

— Lo que digo á vm. es verdad, señora, dijo Varney, y es tanta verdad, que si no se dispone vm. inmediatamente á venir con nos-

otros, nos veremos obligados á llevarla por fuerza.

— ¡ Por fuerza!.... ¡ No te atreverias á hacerlo.... porque eres un cobarde! exclamó la desdichada condesa.

— Eso es lo que me falta probar, señora, dijo Varney, que pensaba valerse del terror como único medio de domear aquella alma altiva: no me obligue vm. á usar de ese medio, porque seré en tal caso un camarero muy duro.

Esta amenaza hizo á la pobre Amy prorrumpir en unos gritos tan terribles, que si no la hubiesen tenido por loca, hubieran acudido á socorrerla lord Hunsdon y otras personas; pero echando de ver que sus gritos eran inútiles, se dirigió á Foster en los términos mas persuasivos, y le suplicó, por el honor y la inocencia de su hija Juanita, no sufriese que la tratasen con tal indignidad.

— ¡ Como así, señora! dijo Foster, las mugeres deben obedecer á sus maridos: es una ley espresa de la Escritura. Y si se viste vm. misma para venirse con nosotros sin hacer resistencia, nadie la tocará ni aun el pelo de la ropa, mientras pueda yo disparar una pistola.

Al ver que no llegaba ningun socorro, y asegurada tambien por la respuesta de Foster,

á pesar de su tono áspero, prometió la condesa levantarse y vestirse, con tal que se fuesen al cuarto inmediato. Varney la aseguró entonces que nada tenia que temer, ni por su honor ni por su seguridad, mientras estuviese en su poder; y prometió no acercarse á ella, ya que su presencia le era tan desagradable. Su esposo de vm., añadió, llegará á Cumnor un dia despues que nosotros.

Algo consolada con esta promesa, aunque no creia poder contar mucho con ella, la pobre Amy se vistió á la luz de la linterna que le dejó Varney cuando salió del cuarto.

Se levantó Amy derramando lágrimas, temblando, y haciendo súplicas al cielo, con sensaciones bien diferentes de las que solia tener cuando se adornaba en otro tiempo con toda la satisfaccion y el amor propio de una niña bonita que conoce hasta donde llega el poder de sus gracias y atractivo.

Empleó todo el tiempo que pudo en vestirse, hasta que amedrentada con la impaciencia que mostraba Varney, se vió precisada á decir que estaba ya pronta.

Al momento de partir, se acercó la condesa á Foster, manifestando que tenia tanto miedo de Varney, que le protestó este, con un juramento solemne, que de ningun modo pensaba en acercarse á ella.

— Si consiente vm., añadió, en obedecer á la voluntad de su esposo, no me verá sino muy rara vez. Cuidará de vm. el guia que su buen gusto prefiere por ahora.

— ¡La voluntad de mi esposo! exclamó ella: es la voluntad de Dios, y este motivo es muy suficiente..... Seguiré al señor Foster con la docilidad de una víctima que llevan al sacrificio. Foster es padre por lo menos; será tratada con decencia, sino con humanidad. En cuanto á tí, Varney, te lo repito, y lo diría al espirar, no conoces esos dos sentimientos.

Varney se contentó con responder que estaba á su arbitrio el escoger, y se fué adelante mostrandoles el camino. La condesa, apoyandose en Foster y casi arrastrada por él, fué trasportada desde la torre de San Lowe á la puerta secreta, en donde Tider aguardaba con la litera y los caballos.

La condesa se dejó poner en la litera, y vió con gusto que al mismo tiempo que Foster iba junto á la portezuela, el odioso Varney se quedaba detras á alguna distancia; y pronto le perdió de vista enteramente.

Amy se aprovechó de los rodeos que habia en el camino, para echar la última ojeada á aquellas torres magníficas de que era señor su esposo, y que brillaban aun por aquí y

por acullá con el resplandor de las luces de la fiesta. Pero cuando no le fué ya posible descubrirlas, dejó caer la cabeza sobre su seno, y se puso en manos de la Providencia.

Ademas del deseo que tenia Varney de que la condesa continuase tranquilamente el viage, entraba tambien en sus miras tener una conversacion á solas con Lambourne, por quien esperaba ser alcanzado muy pronto.

Conocia el carácter de este hombre resuelto, cruel y codicioso, y le miraba como al agente mas propio para ejecutar sus designios.

A las dos horas de su salida, ó poco mas, oyó por fin el galope de un caballo, y se reunió á él Miguel Lambourne.

Como estaba tan enfadado por su tardanza, hizo Varney al bribon de su criado un recibimiento de los mas duros.

— Borracho holgazan, le dijo, tu pereza y tu mala conducta te llevarán pronto á la horca, y ¡ojalá fuera mañana!

Esta severa repasata no fué del gusto de Lambourne, que echó en olvido su docilidad acostumbrada, porque tenia los cascos á la ginetá, no solamente por el vino que habia bebido segun su loable costumbre, sino por la especie de conversacion confidencial que acababa de tener con el conde, y el conoci-

miento del secreto de que se habia apoderado su curiosidad.

No sufriria insolencias, asi decia, del mejor caballero del mundo. Lord Leicester le habia detenido para un asunto importante, y esta razon debia bastar á Varney que, en resumidas cuentas, no era mas que un criado como él.

Varney quedó no poco sorprendido al oír semejantes impertinencias; pero atribuyendolas á la borrachera, no se dió por entendido, y empezó á sondear á Lambourne para saber si accederia á quitar de enmedio el único obstáculo que se oponia á que llegase el conde á elevarse á un rango en que pudiese recompensar á sus fieles servidores aun mas allá de sus deseos.

Como Miguel Lambourne mostrase no comprender bien lo que le proponia, le indicó Varney claramente que la persona que iba en la litera era el obstáculo en cuestion.

— ¡Ya, ya! sir Ricardo, escuche vm. lo que le digo, respondió Miguel: hay gentes que saben sobre eso mas que otros; ¿está vm.? y los hay tambien que son mas malos que otros. Sé cuales son acerca de ese asunto las intenciones de milord, mejor que vm., pues me lo ha dicho todo. Aquí estan sus órdenes en esta carta, y sus últimas palabras

han sido estas: — Miguel Lambourne, me ha dicho, pues su señoría me habla como á un hombre que ciñe su espada, y no me trata de borracho y de pícaro, como tales y tales que se dejan hinchar con las nuevas dignidades; Varney, me ha dicho, debe tener todo el respeto posible á mí condesa.... Encargo á vm. cuidar de eso, Lambourne, y pedir espresamente mi anillo á Varney.

— Sí, dijo Varney, ¿ha dicho en efecto todo eso? ¿tú lo sabes todo?

— Todo, todo, y hará vm. muy bien en ser mi amigo mientras las cosas vayan de esa manera.

— ¿No habia allí ningun otro mientras hablaba el conde? preguntó Varney.

— No habia alma viviente, dijo Lambourne; ¿piensa vm. que milord irá á decir sus secretos á ninguno que no sea tan determinado como yo?

— ¡Cierto! dijo Varney, y deteniéndose, miró ácia todos lados. La noche era clara y hermosa; la litera iba ya una milla mas adelante, de manera que no podian ser oidos de los que la escoltaban. Por todas partes se notaba un gran silencio, y no se descubria persona ninguna en el camino. Volviendo á conversar Varney con Lambourne, le dijo:

— ¿Te quieres, segun eso, rebelar contra

tu amo , contra el que te ha abierto la carrera de los favores de la corte , contra aquel de quien eres , por decirlo así , un aprendiz , Miguel , y que , en una palabra , te ha manifestado los misterios y escollos de la intriga ?

— No me llame vm. Miguel así á secas , respondió Lambourne ; tengo un apellido merecedor que mi nombre esté precedido de un *Don* como el de cualquiera otro ; y por lo demás , si acaso he estado en aprendizaje , ya pasó el tiempo , y puedo ser un buen oficial.

— Recibe pues tu salario , mentecato , dijo Varney ; y sacando su pistola , atravesó á Lambourne de un balazo.

El miserable cayó del caballo sin decir un ay. Varney se apeó , registró sus faltriqueras , y las dejó abiertas de modo que creyesen los que le encontrasen , que le habian muerto algunos ladrones. Se apoderó de la carta del conde , y de la bolsa de Lambourne en que habia algunas monedas de oro. Pero hizo escrúpulo de guardarlas , y arrojó la bolsa , tal como se encontraba , á un riachuelo que atravesaba el camino. ¡ Tales inconsecuencias se notan en las conciencias de los hombres ! Varney , hombre cruel y sin remordimientos , se hubiera creído degradado guardando algunas monedas del miserable á quien acababa de matar alevosamente.

El asesino volvió á cargar la pistola , despues de haberla limpiado muy bien , y siguió poco á poco la litera á cierta distancia , contento de haberse desembarazado del testigo incómodo de muchas de sus intrigas , y del portador de una órden que de ningun modo queria ejecutar , y que , por consiguiente , se alegraba mucho se creyese no la habia recibido.

Se acabó el viage con una rapidez que probaba el poco caso que hacian de la salud de la condesa. Solo se detenian en los lugares en que estaba todo á las órdenes de Varney , y en donde hubieran creído sin dificultad la supuesta locura de Amy , si hubiese procurado implorar la compasion de los que se acercaban á ella ; pero Amy no pudo esperar que la escuchasen aquellas personas con quienes podia hablar un momento á solas , y por otra parte la presencia de Varney le causaba demasiado horror , para atreverse á faltar á la condicion con la que debia escoltarla de léjos durante el viage.

Los continuos viages que Varney habia hecho á Cumnor con el conde de Leicester le habian grangeado un gran crédito en todas las casas de postas , y por esa razon le franqueaban al punto cuantos caballos quisiese : de suerte que la litera se halló cerca de Cumnor

la noche siguiente despues de la salida de Kenilworth.

Entónces fué cuando Varney se acercó á la litera, como lo habia hecho de cuando en cuando en el camino, y preguntó: — ¿Que hace?

— Duerme, dijo Foster; quisiera haber llegado ya, se agotan sus fuerzas.

— El descanso las restablecerá, dijo Varney; pronto dormirá mas profundamente.... Es preciso alojarla en un lugar seguro.

— ¿Y por que no en la misma habitacion? dijo Foster: he enviado á Juanita á casa de su tia, despues de haberle echado una buena peluca. Podemos fiarnos de las viejas, porque detestan de todo corazon á la condesa.

— Sin embargo no nos fiaremos de ellas, mi amigo Tony. Es preciso encerrarla en el cuarto en donde tienes tu dinero.

— ¿Mi dinero! dijo Antonio asustado: ¿que dice vm.? ¿que dinero quiere vm. decir? ¿Dios me asista! no tengo dinero, y le quisiera tener.

— ¿Mala peste te ahogue, mentecato, animal! ¿Quién te pide tu dinero? Si quisiera yo alguna cantidad, ¿me faltarian mejores medios de encontrarla? En una palabra, el cuarto donde duermes, que has fortificado de un modo tan curioso, será el en-

cierro de la condesa; y tú, salvage, te podrás hundir en los colchones de pluma. Te puedo asegurar que el conde jamas reclamará los muebles ricos de sus cuatro cuartos.

Esta última consideracion acabó de persuadir á Foster, y únicamente pidió á Varney el permiso de adelantarse para prepararlo todo; y picando la espuela al caballo, dejó la litera con la escolta de Tider y de Varney, que la seguian á distancia de unos sesenta pasos.

Cuando llegaron á Cumnor, la condesa llamó con instancias á Juanita, y se puso muy triste cuando le dijéron que ya no tendria á su servicio aquella amable muchacha.

— Yo quiero mucho á mi hija, señora, dijo Tony con un tono adusto, y no me acomoda que Juanita aprenda demasiado á mentir y á fraguar escapatorias: harto instruida está ya, y perdone vuestra señoría.

La condesa, que se hallaba fatigada y amedrentada aun con las circunstancias que habian precedido su viage, nada respondió á esa insolencia, pero manifestó con dulzura su deseo de ir á su cuarto.

— Sí, sí, dijo entre dientes Foster, está muy puesto en razon; pero disimule vm. si no va por ahora á la habitacion llena de va-

nidades mundanas. Dormirá vm. esta noche en un sitio mas seguro.

— ¡Ojalá estuviera en mi tumba! dijo la condesa; pero nos estremece, sin poderlo remediar, la idea de la separacion del alma y del cuerpo.

— Señora, no tiene vm. motivo de estremecerse con esa idea, dijo Foster. Milord llegará aquí mañana, y sin duda harán vms. las paces.

— Pero ¿es cierto que vendrá, buen Foster? ¿es cierto que vendrá?

— ¡Ya, ya, buen Foster! Pero ¿que Foster seré mañana, cuando hable vm. de mí á milord? aunque todo cuanto he hecho ha sido solo por obedecer sus órdenes.

— Será vm. mi protector, un protector algo áspero á la verdad, pero al cabo protector. ¡Oh! ¡si estuviese aquí Juanita!

— Mejor está en donde está, respondió Foster; basta una dama como vm. para trastornar una cabeza. Pero ¿gusta vm. tomar alguna cosa?

— ¡Oh! no, no; mi cuarto, mi cuarto; pienso que podré cerrarle por dentro.

— De buena gana, respondió Foster, con tal que pueda yo asegurarle por fuera; y cogiendo una luz, condujo á la condesa á una parte del edificio en donde jamas habia es-

tado, y la hizo subir una escalera muy alta: una de las viejas iba por delante alumbrando.

Cuando llegaron al fin de la escalera, encontraron una galería de madera de encino muy estrecha, y al extremo de ella una gran puerta, que era la del cuarto del viejo avariento. No tenia el dichoso cuarto comodidad alguna, y podia darsele desde luego el nombre de encierro ó calabozo.

Detuvose Foster en el umbral de la puerta, y entregó la lámpara á la condesa, sin permitir que la siguiese la vieja tampoco. Cogiendo Amy la lámpara, entró al punto, cerró la puerta, y la aseguró por dentro con los cerrojos que habia puesto Foster en ella en abundancia.

Al mismo tiempo Varney habia permanecido oculto debajo de la escalera: al oír cerrar la puerta, subió sobre las puntas de los piés, y Foster le hizo ver por señas, con un aire de satisfaccion, una máquina oculta en la pared, que moviendose fácilmente y sin ruido hacia caer una parte de la galería como un puente levadizo, cortando toda comunicacion entre la puerta del cuarto y la escalera. La cuerda que servia para mover la máquina, la tenia Foster ordinariamente dentro del cuarto, para poder librarse de una *invasion*.